

LOS REYES DE ORIENTE

No nos ha tocado la lotería y seguimos aquí después de haber cumplido con todos los ritos propios. Hemos comenzado el año comiendo uvas, estrenando agendas y con nuevas tarifas en numerosos servicios, y ya nos queda el sabor plácido de la cabalgata de reyes antes de adentrarnos en la prosa, escarpada y tediosa, de lo cotidiano. No les dedicaré estas líneas a Artabán, el cuarto rey mago, ni a escribirle mi particular carta a sus majestades. Pero sí, permítanme al menos, unas líneas de apoyo a estos tres venerables ancianos que llevan dos mil años con su pyme atendiendo el mercado español y sin intención de expandirse y que, a golpe de globalización y de marketing, están siendo arrinconados por costumbres de otras latitudes que tratan de imponerse. El Papa Noel del Polo Norte, que poco tiene que ver con san Nicolás de Bari, va ganando adeptos con sus barbas blancas y su aspecto poco dietético, entre renos voladores y trajes que lucen los colores corporativos de la marca de refrescos de cola más vendida del mercado. Melchor, Gaspar y Baltasar ya aparecen con sus respectivos nombres en un friso del siglo VI en la iglesia de san Apolinar Nuovo en Rávena, y remontan su origen a lo que cuenta el propio evangelio de Mateo, por lo que no podemos dudar de su pedigrí y su participación en los acontecimientos centrales de la Navidad, frente al “tropa de Santa Claus que trata de aprovecharse del negocio del consumismo compulsivo” como comenta una campaña de estos días que se ha difundido por la red.

De los magos, al margen de su lugar privilegiado en el corazón de los pequeños, podríamos extraer muchas conclusiones que sirvan también para los mayores. Entre ellas que son un símbolo de la multirracialidad, de Oriente por más señas, que aclamamos en unas calles en la que tantos prejuicios aún perviven. En segundo lugar que, como hombres sabios, van en busca de la verdad, como centro y guía de sus pasos, aunque tengan que sortear los escollos de siempre. Y en tercer lugar, que nos quieren ofrecer regalos que nosotros podemos transformar en presentes para todos los días y momentos: una palabra amable, cordial y afectuosa que se convierta en el oro reluciente que anime los pesares de tantas personas; una sonrisa esperanzada que sea el incienso que trascienda nuestros quehaceres; y una pequeña ayuda a los demás que sea el verdadero bálsamo o mirra, que perfume y cure las heridas y las cicatrices de un mundo que necesita vendas de amor, horizontes de justicia y libertad, y testigos de la verdad para este año nuevo que comienza.

Francisco García-Calabrés Cobo